

JOAN DE LA VEGA, *EN MANOS DEL AIRE*, BARCELONA, LIBROS EN SU TINTA, 217 PP.

JUAN CARLOS ABRIL  
Universidad de Granada

Joan de la Vega (Santa Coloma de Gramenet, Barcelona, 1975) es un autor prolífico y editor de La Garúa Libros, una editorial muy remarcable – nació en 2004 – que consta de casi una centena de libros de poesía publicados, y que no sólo ha sobrevivido a la crisis, sino que se ha reforzado en los últimos años, con títulos que se han asentado en el panorama siempre escurridizo de la poesía española.

Joan de la Vega es también, o al mismo tiempo, un poeta que ha escrito libros en español y en catalán de más que notable interés, como el que hoy nos ocupa, *En manos del aire*, una recopilación y reordenación de varios poemarios anteriores, que describiremos a continuación. Pero nos gustaría recordar que antes ya había aparecido *Ladino* (Gijón, Ediciones Trea, 2006), que compilaba tres libros, de los cuales sólo

uno se había publicado exento, *Intihuatana* («Sin lugar a luz», en quechua) (Barcelona: Seuba Ediciones, 2002), y los otros dos se encontraban inéditos: *Ixtab* («La sogá en el ojo», e *Ipalnemoani* («Por quien vivo»). La intihuatana es considerada una construcción religiosa del Imperio incaico. Es una escultura monolítica labrada en piedra granítica, de dimensiones de 1 a 2 metros de altura y 2 metros de diámetro. Por su parte, *Ixtab*, «la de la cuerda», es la diosa del suicidio, y esposa del dios de la muerte, Chamer, en la mitología maya. También era la divinidad de la horca. Se le relacionaba con la vida futura en el paraíso y los suicidas por ahorcamiento recibían su protección. En la tradición maya, se consideraba el suicidio como una manera extremadamente honorable de morir, a un nivel similar al de las víctimas humanas de sacrificios, guerreros caídos en batalla,

mujeres muertas de parto, o sacerdotes. Ixtab era comúnmente representada como un cadáver parcialmente descompuesto con los ojos cerrados, colgando de un árbol. Su papel como divinidad era el de proteger a los suicidas, acompañándolos y guiándolos a un paraíso especial. Por último, Ipalnemoani, «por quien vivo», viene del náhuatl: aquel por quien vivimos, de I, suyo, Pal, por medio de, Nemoa, se vive, y Ni, aquel que. Uno de los títulos aplicados al Ser Supremo. Este nombre significa que el mundo manifiesto, en realidad existe en un nicho de la conciencia divina. Ipalnemoani nunca fue personificado como dios, siempre aparece como atributo de Quetzalcóatl. Una compleja y profunda trilogía que merece la pena ser tenida en cuenta en la poesía española, al menos desde la renovación temática que propone.

Joan de la Vega –tratándose de un autor bilingüe– es traductor, como en *Última oda a Barcelona* (2016) de Jordi Vals y Lluís Calvo, junto a Agustín Calvo y publicado en La Garúa. Aparte quisiéramos citar su faceta de poeta en catalán con títulos tan interesantes, entre lo más destacable, como *El verd, el roig, el negre* (2015), o *Manat de dol* (2016), ambos publicados bajo el sello de la Associació Cultural de Poesia Pont del Petroli.

Amigo de la montaña y la tranquilidad de los lugares alejados de la velocidad, de la relajación y los estados atáxicos, como demuestra su poesía, su fascinación por el mundo y las culturas orientales se observa en títulos como *365*

*haikus y un jisey* (El Prat de Llobregat: Rúbrica Editorial, 2012), o *Flores del Dharma*, incluido en este *En manos del aire*, en el cual aparece en la portada un montañero en perfil, con un crepúsculo dorado de fondo. En realidad, *Flores del Dharma* es una selección del libro mencionado de haikus, pues *En manos del aire* es a su vez una recopilación y reordenación, reestructuración y reescritura de varios volúmenes aparecidos anteriormente, a saber: el orden es *Y tú, Pirene* (Valencia, 2014, Denes, X Premio César Simón de Poesía), seguido de *Una luz que viene de fuera* (Barcelona: Paralelo Sur Ediciones, col. Harmatán, 2012), el cual en *En manos del aire* se divide en dos, *Via ferrata* y *Flores del Dharma*. Originalmente *Una luz que viene de fuera* poseía dos partes, «Samsara» y «Las flores del Dharma», y como vemos, ahora, bajo la lupa de la autocrítica, hay un cambio. Esto nos habla de un autor inquieto y meticoloso que revisa con obsesión –a la manera juanramoniana– sus libros hasta tal punto de convertirlos en otra cosa, cambiar partes, títulos y referencias, sin contar las consecuentes variantes de los poemas, que nos llevarían aquí muy lejos. Una auténtica labor de rastro filológico, que dejamos aquí apuntada para quien se atreva. Concluye *En manos del aire* con *La montaña efímera* (Barcelona, Paralelo Sur Ediciones, col. Harmatán, 2011), o sea, aparecen los libros al revés de su inicial cronología, desde el más reciente al primero.

De *La montaña efímera* escribió el

propio autor estas interesantes palabras en el blog de la extinta DVD ediciones ([http://www.dvdediciones.com/cronicas\\_joandelavega.html](http://www.dvdediciones.com/cronicas_joandelavega.html)): «Andorra es el paraíso predilecto para esquiadores y compradores compulsivos en busca de ofertas y rebajas (desde quesos a cámaras digitales). En definitiva un suculento bazar destinado a las clases medias-bajas, como todo el mundo sabe. Antaño fue tierra de contrabandistas y ahora de quienes desean (y pueden permitirse) evadir impuestos. De entre estas vocaciones lícitas, yo desestimé todas y decidí la de perderme en sus valles. O para ser más precisos, lo decidieron por mí, cosa que agradezco enormemente teniendo en cuenta lo que comporta pertenecer a la especie urbana. Mis padres por aquellos años eran entusiastas de varias disciplinas como la arqueología, la espeleología y el montañismo. Fueron colaboradores-fundadores del grupo Mediterrània, bajo la tutela de un tío paterno, Josep de la Vega, una eminencia del autodidactismo arqueológico catalán. Juntos topografiaron y reseñaron hallazgos prehistóricos en las cuevas y simas del Montsec leridano. En este entorno crecí durante años, hechizado por el olor de los carburos y aterrado por la oscuridad de las cuevas.

Los peores años de mi vida los he pasado y los sigo pasando en Santa Coloma de Gramenet, una ciudad periférica como tantas otras que es capaz de deshumanizar hasta a los pajarillos. Mis incursiones en Andorra datan desde 1986, y en los últimos 5 se han intensificado. Como

resultado *La montaña efímera*, que es más bien un homenaje a aquellos montañeros auténticos de mis primeros años que un libro de poemas al uso, al que le preceden 3 libros más de la misma factura. En estos más recientes he tratado de ahondar en las corrientes filosóficas orientales, puesto considero que están a años luz de nuestra manera de entender el mundo.

Concluyo mi breve introducción, confesando que estos trabajos no optan ni optarán a nada, porque nacieron desde/para y por esa nada. Todos sus poemas se han gestado en nueve y/o doce días, entre periodos de nada absoluta e intensiva, y todo lector de poesía sabe que la mejor poesía no la fragua nadie en tan poco tiempo y que regresa siempre a esa nada (de donde vino) mucho antes de lo deseado. Y más tratándose de mí, con mi nada de a pie».

Antonio Tello, desde su blog en Internet, se ha ocupado en varias ocasiones de nuestro autor (<http://mlecturadelasemana.blogspot.com.es/2012/10/una-luz-que-viene-de-fuera-joan-de-la.html>, <http://mlecturadelasemana.blogspot.com.es/2012/01/la-montana-efimera-joan-de-la-vega.html>, o <http://mlecturadelasemana.blogspot.com.es/2012/12/365-haikus-y-un-jisey-joan-de-la-vega.html>). A su vez, el también poeta José G. Obrero (<http://poemofilia.blogspot.com.es/2013/07/365-haikus-y-un-jisey-de-joan-de-la-vega.html>). Juan Vico, en *Revista de letras*, se ocupó asimismo de *La montaña efímera* (<http://>

revistadeletras.net/la-montana-efimera-de-joan-de-la-vega/).

Destaca José Luis Morante (<https://puentesdepapel56.blogspot.com.es/2017/03/joan-de-la-vega-en-manos-del-aire.html>), ya sobre *En manos del aire*, y seguimos con los blogs, este fragmento que extraemos: «El primer tramo de esta muestra, *Y tú, Pirene* nace bajo el signo de la evocación. El ahora como tiempo verbal se vuelve un espacio de resolución donde el sujeto sale bajo el azul. Deja la puerta franca a una conciencia en tránsito que recoge percepciones y sensaciones del yo frente al paisaje. La naturaleza acumula signos explícitos. Habla con viva voz, mientras el horizonte define una copiosa suma de elementos visuales cuya captación convierte al sujeto testigo en un poblador de laberintos tratando de descifrar códigos.

Esa lectura de las grafías del paisaje se interioriza en el apartado «Bajo tierra» que recurre a la estrategia formal del poema en prosa. El cauce versal adquiere un carácter interrogativo, recrea un escenario sombrío y nocturnal que expande un tacto frío de silencio y ausencia. Todo es quietud.

Cuerpo central en la escritura de Joan de la Vega es el inevitable incidir en lo transitorio. Un verso de Wallace Stevens —«La luz vino de fuera»— sirve de pauta sincronía para el reconocimiento de lo temporal. Es percibido en la realidad más cercana; alrededor de cada presencia está ese hilar sucesivo de atardeceres y

auroras regulando el devenir existencial. Todo sucede, como un viento invisible que impulsara el vaivén de las olas y rompiese la calma litoral; leves signos que marcan desapariciones y ocasos.

En *Via ferrata*, un término de uso del montañero, la pasión por el relieve geológico de Joan de la Vega transforma la aridez de la altura en espacio simbólico. El protagonista se empeña en escalar itinerarios verticales u horizontales, entre grietas, que requieren equipaciones minuciosas y un ánimo dispuesto al acceso imposible. Caminar es remontar, buscar la estela del origen, perderse en la angostura del primer paso para quedar al margen del mundo, ensimismado y pleno, en abrazo fraterno con el estar. Ese intimismo del paisaje hecho interior habitable también encuentra atinada expresión en los haikus de *Flores del Dharma*. El esquema estrófico, más allá de su sentido estacional primigenio, se ha aclimatado con nuevas variables que traducen aceptación, soledad, percepción del paisaje o trazos sentimentales.

*En manos del aire* se cierra con los poemas en prosa y verso libre de *La montaña efímera*. El entorno no es un espacio ajeno sino una cadencia que impulsa a ser. La andadura es un nítido recorrido existencial, un viaje donde se rememora un tiempo trascendido. El poema en prosa, siempre proclive al enfoque descriptivo, convierte el cauce versal en un entrelazado de emociones y vivencias como si fuesen reflejos dictados por la contemplación. Lejos de la estridencia

urbana y de su grisura de monotonía que erosionan cualquier dogma, el paisaje se convierte en un interlocutor afectivo, en una propuesta «donde se desmenuza el prodigio de la fugacidad». -no podíamos –ni queremos– dejar de señalar a Agustín Calvo, que de manera más prolija se ocupa de *En manos del aire* en *Odisea cultural. Revista internacional de noticias culturales*, <http://www.odiseacultural.com/2017/04/07/resena-manos-del-aire-joan-la-vega/>, y que aquí

solo dejamos anotado para los curiosos.

En fin, *Last but not least*, Joan de la Vega acaba de publicar *Medio mundo en luz* (Sevilla, La Isla de Siltolá, 2017), libro al cual nos emplazamos para un análisis profundo para otra ocasión, pero ahora no queríamos dejar de señalar, aunque sea someramente y con un calado descriptivo, la trayectoria y la obra de un magnífico poeta que hay que tener en cuenta. Y con esto emplazamos, también, a los lectores.